

POR EL HIJO por ALMA RUBENS



53

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

640

POR EL HIJO

BIBLIOTECA PERLA

MARRIAGE LICENSE?

POR EL HIJO

1926

SUPERPRODUCCIÓN "FOX"

POR LA CÉLEBRE ESTRELLA

ALMA RUBENS

ADAPTACIÓN LITERARIA DE

JOAQUIN ARQUES

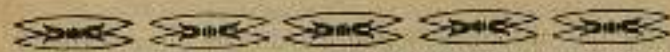


EXCLUSIVA

HISPANO FOXFILM, S. A. R.

CALLE VALENCIA, 250 - BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PARÍS, 204. - BARCELONA



POR EL HIJO

PRÓLOGO

El capitán Marcos Heriot conoció a Wanda Baldain en una remota aldea canadiense durante una larga estancia en el país.

Sus deberes militares, le obligaron a volver a Londres, pero era tan grande el amor que sentía por la bella Wanda, que se decidió ha hacerla su esposa para poder partir con ella.

La joven enamorada igualmente de Marcos, recibió la noble proposición de éste con grandes muestras de júbilo y más cuando se aconsejó con un antiguo amigo de sus padres, el cual no vaciló en de-

cirfa que aprobaba su matrimonio con Marcos Heriot, más que por la posición que ocupaba, por el inmenso cariño que hacia Wanda había demostrado.

El día antes de verificarse la boda, cuyos preparativos se hicieron con una rapidéz inusitada, sostuvieron los novios el siguiente diálogo:

—Quisiera hacerte una pregunta—le dijo el capitán a su prometida.

—Y yo seré muy dichosa contestando categóricamente.

—¿Por qué me hiciste esperar tu resolución hasta hace cuatro días? ¿Tenías acaso que pedir informes de mi persona?

—No los he necesitado porque mi corazón confía en la nobleza del tuyo.

—¿Entonces?

—El señor Bruce estaba fuera y he querido esperar para consultarle el asunto. Ya sabes que es el mejor amigo que tuvieron mis padres y a mí me quiere como a una hija.

—Muy bien, Wanda. ¿De modo que si ese caballero se hubiera opuesto...?

—Habría sido por mí bien; pero ha ocurrido todo lo contrario. Mi buen amigo se ha deshecho en elogios hacia ti.

—Menos mal; pero, en lo sucesivo no creo que tengas que hacerle más consultas.

—¿Qué cosas tienes, Marcos!

—Soy el primero en respetar las buenas amistades; mas eso no quiere decir que me agrade la misión de consultor en el seno de un hogar donde todo ha de quedar entre tú y yo.

—¿Pero es que dudas del interés que el Sr. Bruce siente por mí?

—Por muy grande que sea, es mayor el mío, no lo olvides.

—Ni tú debes dudar tampoco, de que mi único consejero has de ser tú, desde ahora mismo.

—¡Gracias, Wanda! Siendo así, no dudo en asegurarte que hemos de ser muy felices.

Con la alegría de todos los amigos de Wanda y Marcos, se celebró la boda de éstos apadrinados por el incondicional Bruce.

El buen señor veía en aquel matrimonio algo que aseguraba el bienestar de la hija de aquellos amigos a quienes tanto había querido y esto hacía que su semblante rebozara de júbilo el día de la boda.

Sin embargo, cuando todo hubo terminado, cuando llegó la hora de partir, una sombra de tristeza empañó el brillo de la dicha que antes le embargaba.

Pero Bruce procuró no esterilizar su estado de ánimo. Lo único que hizo fué estrechar efusivamente las manos de Marcos, diciéndole con el mismo interés de un padre:

—Amigo Marcos, el consuelo que me queda al separarme de esta angelical criatura, es que usted la ha de hacer dichosa.

—¡Oh, de eso puede usted estar seguro!

—Lo estoy.

—¿A que están ustedes hablando de mí?—manifestó Wanda presentándose ante ellos—. Estarán criticándome, porque he tardado... pero no tienen ustedes razón. He tenido que disponer lo necesario para el viaje de dos personas, y eso es muy complicado. Lo que quiere decir que desde ahora tengo que atender...

—Sí, Wanda, sí—interrumpió Bruce riendo—, tiene que atender a su marido, dígalo de una vez.

—Pero si usted no me ha dejado.

—No le quiero preguntar si es feliz, porque leo en su cara la satisfacción que siente.

—Muy grande, señor Bruce; y si usted me promete una cosa, aún será mayor.

—Se la prometo.

—¿Sabe usted acaso lo que le voy a pedir?

—Lo que sea, lo tiene concedido.

—Que no tarde en hacernos una visita.

—Ya lo tenía pensado; y cuando arregle unos asuntos aquí, es posible que mi visita, o mejor dicho mi estancia en Inglaterra, sea muy larga.

—Entonces, salgo de aquí completamente dichosa.

• • •

Una hora más tarde la feliz novia decía adiós a sus amigos de la infancia al partir hacia su nueva vida.

Tanto Wanda como Marcos recibieron en la plataforma del vagón la lluvia de flores con que les obsequiaban, testimoniando así el cariño que sentían por ellos.

Bruce, un tanto apartado del bullicioso grupo de jóvenes, contemplaba internecido a la amante pareja.

—¡Hasta muy pronto!—le gritó Wanda desde la plataforma.

—¡Hasta muy pronto!—repitió el noble amigo.

—Lo mismo le digo yo, señor Bruce—habló Marcos a su vez, cuando ya el tren se ponía en marcha.

La despedida resultó tan cariñosa que no dejó de impresionar a la joven, impresión que no tardó en desaparecer al oír las amantes frases que su esposo le dirigía.

—Ya no te tienes que preocupar de nadie más que de mí—le decía Marcos acariciándola.



El viaje de novios.

—No seas egoísta, querido mío. ¿No vamos a casa de tus padres?

—Naturalmente.

—Pues allí me esperan dos viejecitos a quienes querer, porque a ellos les debo este marido que es un encanto.

Marcos no se pudo contener y estrechó a Wanda contra su pecho al mismo tiempo que aparecía en el coche el empleado negro encargado de prestar el servicio como conductor.

—¡Por Dios, Marcos!—exclamó la joven ruborizándose—. No estamos solos.

—No te preocupes, esposa mía—dijo el capitán levantando la voz para que le oyera el empleado.

—¿Viaje de novios?—exclamó el negro—. Esto ya es otra cosa. Aquí irán ustedes perfectamente durante muchos kilómetros.

Y dando media vuelta cerró la portezuela que daba al pasillo y desapareció.





CAPÍTULO PRIMERO

Marcos faltaba algunos años de la casa de sus padres y, aunque no les había olvidado; aunque el amor de Wanda no había sido obstáculo para que los siguiera queriendo, no tuvo en cuenta el carácter especial de los que le dieron el ser.

Educado lejos de ellos y acostumbrado al trato con sus amigos en las academias militares, su carácter obedecía a las corrientes modernas y no le preocupaban ni sus ilustres antepasados, ni los nobles timbres, ni todas esas sombras del pasado que sólo sirven para recordarlas en un archivo o en un museo reproducidas por expertas manos de artistas.

Así, Marcos encontró en su camino a una deliciosa

joven, sin más títulos nobiliarios que su belleza, su juventud y sus virtudes.

El capitán creyó que esto era lo que tenía que encontrar en la que había de ser su compañera, y así se lo participó a sus padres, dándoles cuenta de su casamiento y avisándoles a la vez que salía con su esposa para Inglaterra.

Esta carta cayó como una bomba en el castillo que habitaban sus padres. Lady Heriot, la madre de Marcos, era una dama exageradamente chapada a la antigua, que tenía además el raro poder de dominar a su esposo Sir Juan Heriot.

Para estos señores, no existía más mundo que el que vivían como enterrados entre los espesos muros del viejo y serio castillo.

Allí, rodeados de recuerdos gloriosos de diferentes épocas, pasaban los años al cuidado de sus viejos criados, que hacían el servicio a la antigua, andando de un lado para otro como si fueran sombras, y procurando apagar los ruidos del exterior y hasta privando a los vetustos salones, de la clara luz del sol, sin duda para hacerlos más tristes de lo que ya eran.

Esta era la mansión donde Marcos traía a su angelical compañera, rebosante de vida y alegría.

Pero volvamos a sus padres.

La carta que Marcos les escribiera blanqueaba sobre una mesa con visibles señales de haber sido estrujada por una mano nerviosa.

Lady Heriot se paseaba impaciente, y de vez en cuando suspiraba como si un hondo pesar la molestara.

—Calma, querida mía—habló el padre de Marcos—. No es cosa de que pierdas la salud.

—No puedo tener calma. ¡Oh, esto que ha hecho Marcos, demuestra que nuestro hijo ha perdido la cabeza.

—¡Bien claro lo dice en su carta! Se ha unido con una mujer cualquiera.

—Sin timbres, sin fortuna, sin nombre.

—¡Qué desgracia!

—¿Y no piensas algo para corregir esta intrusión en nuestra familia?

—Haré lo que tú ordenes, como siempre.

—Entonces, tendré que ser yo la que disponga.

—Como siempre.

—Está bien. Yo velaré por el honor de nuestro hijo.

Sir Juan, dirigió la vista a un magnífico retrato que pendía del muro, representando a Marcos a la edad de veinte años.

El padre suspiró:

—Cuando fué hecho ese retrato, ¡qué gloriosos planes tenía para nuestro hijo! Y ahora...

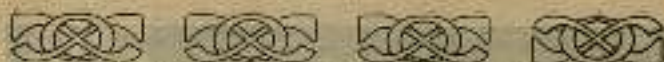
—Una mujer cualquiera se coloca en su camino y destroza tus planes y los míos.

—Si al menos hubiera avisado Marcos antes de casarse...

—Hemos de confesar que ha obrado muy de ligero.

—Sí; ya no hay remedio.

—Es preciso encontrarlo, y lo encontraré, a costa de todo. Hay que luchar, Marcos, hay que luchar. Se trata de salvar el honor de la familia, el de nuestro hijo.



CAPÍTULO SEGUNDO

Los nuevos esposos, después de un delicioso viaje, llegaron frente al castillo, donde habían de vivir.

Wanda, sin saber por qué, quizá por instinto, se estremeció ante aquellos muros, que por más que Marcos ya había procurado describírselo, no por eso dejaban de causarle el efecto de una tumba.

Así y todo, no se dejó llevar por su primera impresión y se dejó guiar por el esposo.

Este se quedó un momento indeciso ante la puerta, que por cierto estaba cerrada.

Nadie daba señales de vida; y entonces fué cuando Marcos apreció la situación en que se hallaba.

El recuerdo exacto de sus padres le vino a la ima-



—*¡Nuevos esposos! Por aquí irán ustedes perfectamente.*

ginación, después desfilaron ante él las escenas rancias de sus primeros años; mas, así y todo no se podía convencer, que teniendo noticias de su llegada, no salieran a recibirle.

Hubo de llamar a la puerta, y ésta se abrió, apareciendo la silueta del viejo y acartonado ayuda de cámara, y jefe de los servicios interiores.

—¡Damián!—exclamó Marcos al verle.

—¡Señor!—respondió el criado—. Si me lo permitís, os diré que me alegro mucho verle.

—Bien, hombre, bien; pero no lo digas con esa cara tan triste.

Damián miró de arriba abajo a Wanda, y no tuvo para ella más que una mueca de desprecio que pasó inadvertida para el matrimonio.

—Pero mis padres, Damián, ¿dónde están mis padres?—preguntó intrigadísimo el esposo.

—Sir Juan y Milady le esperan a usted en la sala, señor.

—Pero no saben que vengo acompañado de mi esposa.

—Lo saben, lo sabemos... y le esperan a usted en la sala.

—Es muy natural, Marcos manifestó Wanda—. No me conocen y quizá quieran hablar contigo antes.

—¿Me esperas aquí?

—Sí... aunque no se por qué tengo miedo de quedarme sola. ¡Qué habitaciones! Ni en sueños me las había forjado mi fantasía.

—Bien, Wanda, bien. Es cuestión de algunos minutos.

Marcos desapareció por la galería de enfrente y la joven se quedó contemplando cuanto la rodeaba, haciéndose la ilusión de que se hallaba en un museo arqueológico.

Las viejas criadas, con sus sencillos uniformes obs-

curos y tocadas con unas cofias blancas, llegaron de puntillas hasta el pie de la escalera que conducía a los pisos superiores y en el acto se pusieron a charlar en voz baja criticando a la recién llegada.

—Razón de sobra tienen los años—decía la de más edad—, esa mujer no es digna de vivir en este castillo.

—Y menos aun de ser la esposa del heredero.

—No estará aquí mucho tiempo.

—De eso ya se encargará Milady.

No pudieron seguir la charla, porque Wanda volvió la cabeza hacia estas, logrando hacerlas desaparecer como lechuzas asustadas.

La intranquilidad de la pobre muchacha iba en aumento, debido a la incomprensible conducta de los habitantes del castillo.

Marcos tardaba en volver por ella, y esto obedecía al recibimiento frío y molesto que le hicieron sus padres.

El capitán se acabó de convencer del mal efecto que su casamiento había producido, sólo con ver el gesto con que fué recibido.

Sin embargo, no se pudo contener y abrazó a su madre con el cariño que siempre sintiera por ella.

Sir Juan no esperó el abrazo y alargando su mano para que la estrechara Marcos, exclamó friamente:

—Bien venido... aunque vale más que no lo hicieras en la forma que hoy lo haces.

—¡Padre mío! No sé a qué obedece este recibimiento.

—Ningún Heriot—habló Milady—, se ha casado con mujer indigna; y tú traes a nuestro hogar a una advenediza... a una nadie.

—Me he casado con una mujer honrada y digna por todos conceptos.

—¿Con qué títulos cuenta?

—Con esos... ya lo he dicho; con sus virtudes y con el cariño que me profesa. ¿Les parece poco?

—¡Basta, insensato!—vociferó Sir Juan alzando la voz—. Tú no estás en tu juicio y eso tiene por causa el trastorno que hayan podido producir en ti los engaños de esa mujer.

—No hablemos más de este enojoso sacramento—intervino la madre—, ya arreglaremos después este asunto. Ahora quiero conocer a tu esposa.

—Ya verás, madre mía, es angelical—y Marcos, un tanto animado con la esperanza de que Wanda saliera triunfante, fué en su busca.





CAPÍTULO TERCERO

La presentación de la nueva esposa, no consiguió vencer la obstinación de los esbirros nobles del castillo.

Las dos mujeres se abrazaron con visible despego; y, Sir Juan, después de hacer una leve inclinación de cabeza, volvió la espalda y se sentó cerca de la chimenea.

La situación, tanto de Marcos como de su esposa, no podía ser más tirante.

Así lo comprendió Milady, la cual trató de momento de dar una solución a aquella edificante escena.

—Señorita—le dijo a Wanda—. Usted debe perdonar nuestra sorpresa; pero desde una remota época



Marcos se encontraba sin saber que hacer entre su esposa y su madre.

hasta aquí no se había dado este caso entre los Herriot.

—¿Y bien, señora...?

—Quiero decirle que por primera vez entra en nuestra familia una persona cuya sangre... vamos, usted ya acabará de comprenderme.

—Creo que sí. Yo no pertenezco a la nobleza, pero me parece que una sabia nueva vendrá muy bien en una rancia familia.

—Al menos esto puede que las despierte de su letargo; y además...

Wanda lanzó un grito asustada por el enorme chino, donde el viejo criado había dado tres fuertes golpes con la maza.

—Las campanadas nos llaman al comedor.

—La cena— añadió Sir Juan, poniéndose en pie.

De este modo terminó la escena de la presentación de Wanda.

Marcos, ofreció el brazo a su esposa, y momentos después ocupaban la mesa en el destartado comedor del castillo.

Este fue un nuevo martirio para Wanda, la cual, apenas si probó bocado, acosada por las miradas de Milady, que no la perdía de vista.

Pero al fin llegó el ansiado final, y después de una despedida tan ceremoniosa como fría, pudieron verse a solas los esposos recién llegados.

Wanda respiró entonces satisfecha, y abrazando a Marcos, exclamó como si quisiera desahogar su pecho de un peso que le oprimía:

—¡Qué corta se me va a figurar la noche!

—¿Por qué dices eso, querida mía?—le preguntó Marcos, aunque de sobra sabía los motivos.

No sé; pero temo que mi presencia en esta casa ha dado al traste con sus costumbres y con las mías.

—¡Wanda, por Dios!

—Nada, Marcos. Tus padres no me quieren. Ellos

soñaban para ti otro porvenir y yo he venido a tirar por tierra todas sus ilusiones.

—Tú no tienes que preocuparte nada más que de mí. De tu esposo que cada hora que pasa te quiere más.

—¿Y tú crees que si no fuera por eso podría yo vivir en este castillo encantado?

—Espero que no dure mucho esta situación.

—¡Dios lo haga!

—Mis padres habrán de convencerse de lo mucho que vales; pero es preciso que tu pongas de tu parte todo cuanto puedas.

—Ya lo hago.

—Así hay que seguir.

—Ya has visto que he podido resistir el desprecio de los tuyos, sin quejarme, sin defenderme; y todo por no disgustarte.

—Está bien; pero te advierto que yo no puedo consentir de ningún modo que te sacrifiques viviendo aquí como una mártir.

—¿Y qué remedio me quedará?

—Creerme y tomar las cosas con calma, hasta que entre los dos logremos romper el hielo de las exageradas preocupaciones de mis padres.

—Sí, Marcos, sí. Haré cuanto quieras por conseguir tu felicidad que es la mía; y desde mañana seré más expresiva con Milady, a la que daré el nombre de madre.

—¡Qué buena eres!

—No sé si soy buena; pero te amo tanto, que por ti haría gustosa los mayores sacrificios.

De este modo hablaban los nuevos esposos, mientras en las habitaciones de los padres de Marcos, trataban el asunto de muy distinta manera.

Milady era la primera en querer cortar por lo sano, debido a la pésima impresión que produjera en ella la esposa de su hijo.

—Tú no te has fijado en esa mujer—le decía a Sir Juan.

—No he querido ni mirarla siquiera.

—Mal hecho; porque así habrías podido apreciar mejor sus condiciones.

—¿No te has encargado tú de dar solución al conflicto?

—Claro que sí; pero tú has de poner algo de tu parte.

Haré cuanto ordenes.

—Es preciso que Marcos se aparte de ella.

—Eso no lo voy a poder conseguir.

—Lo conseguirás, si por medio de tus influencias haces que lo trasladen a la India.

—¡Caramba! ¡Has tenido una idea magnífica!

—Pues ya puedes ponerla en práctica.

—Mañana mismo; precisamente supe ayer que hacen falta jefes y oficiales. ¿Pero qué haremos en su ausencia con esa mujer?

—Ya verás cómo también encuentro el medio de librarme de ella.

♦ ♦ ♦

Muy ajenos se hallaban Marcos y su esposa de figurarse el infame plan que tenía Milady en proyecto, para estorbar su felicidad; así es que al día siguiente se levantaron muy contentos, colmándose de mutuas caricias.

—Si te parece, voy a saludar a mis padres—dijo Marcos—. Ellos ya se deben haber levantado.

—¿Y me vas a dejar sola?

—Mujer, a ti también te reclaman los deberes del tocador.

—¿Y por eso quieres dejarme? ¡Oh! de ningún modo. Ven aquí a mi lado, ya verás que pronto termino y entonces saldremos los dos.

—¿Pero por qué tienes que estar sola?

—¡Ay! Marcos; lo que temo es que tú lo estés con tus padres. Sí, tengo miedo de que te arranquen de mi lado.

—Pues aquí me tienes.

—Más cerca.

—¿Mas aun?

—En mis brazos.



—Aquí, sola contigo, es donde mejor estoy.

En este momento se abrió la puerta de la alcoba y Milady se quedó como una estatua sin atreverse a dar un paso.

La amante pareja no se dió cuenta de la intrusión de la dama y continuaron prodigándose caricias bien ajenos de que les estaban observando.

La madre de Marcos ya no pudo contener su enojo y lo exteriorizó llamando a Marcos, con el mismo tono que empleara cuando de chiquillo había hecho alguna fechoría.

—¿Es este el modo de recibir a tu madre?—dijo Milady antes de que Wanda y su marido se repusieran de la sorpresa.

—Pensábamos ir los dos a saludarte—manifestó Marcos con cierto embarazo.

—Ya he visto que os dábais prisa.

—Comprenderás, madre mía, que estas expansiones que has presenciado, no pueden ser más naturales.

—Yo las considero licenciosas. Aun en la intimidad del matrimonio debe existir la pureza de los sentimientos cuando la esposa reúne las virtudes que...

Marcos interrumpió con viveza:

—¿Pero adónde vas a parar? Estas ofendiendo a Wanda, me ofendes a mí.

—¡Ea! No empecemos de nuevo como ayer—intervino la pobre joven demostrando a su esposo que no había olvidado sus consejos de la noche anterior—. Tu madre tiene razón, somos unos egoístas y nos hemos olvidado de ella. ¿Y sabes quién tiene la culpa? Yo, solamente yo, por haberte retenido a mi lado cuando tú querías ir a darle los buenos días.

—Palabras no le faltan a esta joven.

Wanda no hizo caso de las groserías de Milady. Al contrario, miró elocuentemente a Marcos para que no le hiciera caso, y se acercó al tocador, tomando la barrita de carmín para colorear sus labios.

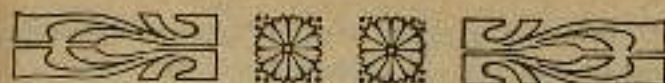
Esto acabó de exaltar los nervios de la rancia se-

ñora, la cual se afirmó más en la idea de que la esposa de su hijo era una mujer cualquiera con los gustos y añiciones de un modernísimo pecaminoso.

Ya había visto bastante para salir de la habitación convencida de que Marcos estaba prisionero en las redes de aquella sirena del arroyo.

Su hijo era el juguete de los caprichos de la advenediza, le dominaba con sus palabras y eso tenía que terminar pronto.





CAPÍTULO CUARTO

Aún no había escrito la carta Sir Juan pidiendo el traslado de su hijo para la India. Esperaba la orden decisiva de su esposa; y ésta se le presentó en el preciso momento en que acababa de salir de las habitaciones de Marcos.

—¡Vienes sofocadísima!, querida mía —le dijo el dueño del castillo.

—No es para menos. Esa mujer es peor, mucho peor de lo que yo me figuré al principio.

—Pobre Marcos!

—Es preciso terminar pronto.

—No esperaba más que tu decisión.

—Estoy más decidida que antes. Ella es descar-

da, licenciada, y ni aun siendo la legítima esposa de nuestro hijo, la podré soportar a mi lado.

—Pues no habremos más; quizá dentro de muy pocos días, recibirá Marcos la orden de partir.

—Advierte bien que se trata de alejarlo de un gran peligro y que por lo tanto debe tardar en volver hasta que se conjure el mal.

—Lo haré como tú me lo indicas. Además, estoy convencido del bien que le hacemos a Marcos.

Pasaban las horas en aquella inmensa tumba, sin que Wanda tuviera más alegría que cuando se encontraba a solas con su esposo, al cual no se atrevía a insinuarle que veía imposible seguir viviendo de aquella manera.

Marcos también empezaba a preocuparse de su situación, pues aunque amaba a sus padres, no dejaba de comprender que la tirantez que demostraban respecto a Wanda, era, no sólo excesiva, sino injustificada.

Un acontecimiento inesperado vino a alegrar un poco a la angelical muchacha. La visita de Bruce, el cual cumplió la palabra que les diera cuando partieron hacia Inglaterra.

La acogida del recién llegado por parte de Wanda y de su esposo, fué cariñosa en extremo.

No así como la que le dispensaron los dueños de la antigua mansión.

Milady, acercándose a Marcos, le preguntó secamente:

—¿Nos traes más forasteros a esta casa?

—El señor Bruce—le contestó el esposo de Wanda—fué siempre un gran amigo de los padres de mi esposa en Canadá, y lo sigue siendo de ella.

—Y de usted, querido Marcos—habló el aludido—, y prueba de ello es que acabo de llegar y me he apresurado a ver cómo estaban usted y Wanda.

—Pues viene usted en la mejor ocasión—manifestó la joven—. Marcos y yo somos felices, ¿Verdad Marcos?

Y fué a colgarse del cuello de su esposo; mas la madre se interpuso entre ellos, diciendo con ridícula seriedad, que ciertas intimidades no estaban bien en público.

El chino volvió a sonar a mazazo limpio y la tirante escena se cortó de raíz porque el almuerzo les esperaba en el comedor.

Bruce, que no tenía nada de tonto, se dió cuenta en seguida de que allí pasaba algo en contra de lo que Wanda le había dicho; mas no quiso hacer ni la más leve pregunta por no pecar de indiscreto, y

esperó a que se presentara la ocasión para hablar a solas con Marcos.

Pero lo que esperaba Bruce no podría llegar debido a las maquinaciones tenebrosas de los padres del esposo.

Terminado el almuerzo y cuando se disponían a dar un paseo por los alrededores del castillo, se presentó el rígido mayordomo, entregando a Marcos un sobre cerrado.

El capitán no hizo más que pasar la vista por el pliego y un estremecimiento nervioso agitó su cuerpo.

—¿Una mala noticia?—preguntó Wanda con el natural interés.

—Mala porque me aparta de ti.

—¿Cómo? ¿Pero qué estás diciendo? ¿Qué haré yo sin estar a tu lado?

—Te confieso ingenuamente que cuando me casé contigo, no pensé en mis deberes militares.

—Pero...

—Esta es una orden para que vaya a cubrir una plaza vacante.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente, ahora mismo.

—¿Dónde?

—A la India.

—No, eso no puede ser—gritó Wanda perdiendo por completo la calma.

Aquí medió la madre de Marcos, diciendo que

aquello era la cosa más natural del mundo; y que un Heriot de pura sangre no podía faltar nunca a sus deberes para con la patria.

—¡No te irás, Marcos, no te irás!—repetía su esposa alargando hacia él sus temblorosos brazos.

—¡Ea! señora—siguió diciendo Milady—. Si tanto quiere usted a su esposo no le inclina a que deje de cumplir con su deber. Eso sería deshonesto.

—Yo creo que todo puede tener un arreglo—indicó Bruce—. Tengo en el gobierno buenas influencias y puedo conseguir un plazo a esta orden, fundándome en los justos motivos que expondré.

—La orden viene terminante—dijo Marcos—, debo salir ahora mismo.

—Ya lo haré yo en su lugar llevando la orden; y le aseguro que saldré airoso con mi empresa.

—Señor Bruce—intervino Sir Juan—. Usted no pretenderá que se ponga en tela de juicio el honor de un Heriot.

—Yo no pretendo más que evitar un disgusto a unos recién casados. ¡Ea! Déjenme ustedes que haga lo que en este caso juzgo que se debe hacer.

—De ningún modo—dijo Marcos, poniéndose en pie decidido—. Debo partir y lo haré aun truncando mi dicha. Mis padres tienen razón. La patria ante todo.

Wanda se quedó anonadada y sin ánimos para re-

plicar a las últimas frases de su esposo. ¡La patria ante todo!

Y ya no hubo ni un momento de reposo en el castillo.

Milady se multiplicaba dando órdenes a los criados para no retardar la partida del militar.

Marcos, por su parte, estaba como sin voluntad ante la sugestión de la terminante orden que acababa de recibir.

Sabía que los malos tragos había que pasarlos pronto y aceleró a su vez la partida, estrechando a Wanda contra su corazón y saliendo del castillo sin que la amante esposa le acompañara, debido a la parte activa que tomaba Milady para impedirlo.

Fué aquella una escena que impresionó a todos menos a los rancios señores del castillo.



CAPÍTULO QUINTO

Una semana permaneció Wanda enferma en sus habitaciones, donde fué atendida de un modo oficial y despegado por la madre de su esposo.

Su único pensamiento era salir de allí, donde no tenía ni el consuelo de recordar al ausente en conversación con sus padres.

De aquí que en los lúgubres meses que siguieron a la partida de Marcos, sólo tuviera unos momentos de expansión en las furtivas visitas que hacía a su antiguo amigo Bruce.

El odio que hacia Wanda sentía Lady Heriot se manifestaba cada vez más fuerte



—Comprendo Wanda, que no eres feliz en esta casa.

En una de estas visitas extrañó a Bruce el especial regocijo que se pintaba en el rostro de la joven.

—Veo con gusto que su tristeza va desapareciendo—dijo el caballero—, y eso me demuestra que en el castillo van apreciando sus virtudes.

Pues se equivoca usted, amigo mío. Los padres de Marcos apenas si me dirigen la palabra. Me tienen abandonada, hasta el punto que ni siquiera se sientan a la mesa conmigo.

—¿Entonces, la alegría que noto en usted?...

—Es ni más ni menos que la que debo tener.

—Espero una explicación.

Wanda se puso roja como una amapola, y bajando los ojos con sublime rubor susurró al oído de su viejo amigo:

—Mi alegría es para ir moldeando un carácter. En fin, es la felicidad de un ser que ha de nacer... ya lo he dicho todo y aún más de lo que yo me proponía. ¿Pero a quién sino a usted he de hacer partícipe de mi felicidad?

—¡Bravo, Wanda!—exclamó Bruce con desinteresada alegría—. Usted y Marcos estarán ahora unidos de un modo que la familia no podrá romper por más que haga.

—¿De modo que usted confía en que al fin seremos felices?

—Confío y se lo aseguro; y ahora mismo le voy a escribir a Marcos.

—Sí... le escribiremos los dos; no quiero retrasarle esta alegría.

—Es usted sublime, Wanda.

—Y usted el mejor y más noble de los amigos.

Diciendo esto y embargada por la emoción, no vió ya la joven al amigo, sino al padre que había perdido; y abrazándole enternecida, apoyó su cabeza sobre el pecho del caballero.

Como si el mismo diablo guiara sus pasos, entró

repentinamente en la habitación la harpía que Marcos tenía por madre, a la que acompañaban dos individuos.

Wanda no se apartó de Bruce ni se mostró sorprendida hasta que Milady habló.

—¡Veo con profunda indignación, que ni siquiera se ruboriza usted al verse sorprendida en los brazos de un hombre que no es su esposo.

—¿Pero qué dice esta mujer?—exclamó Wanda saliendo al encuentro de la dama.

—Hace meses que vengo notando su equívoca conducta.

—¿Mi conducta? ¡No puede ser más digna ni más leal para Marcos!

—¡Silencio! Mancha usted el nombre de mi hijo al salir de sus labios.

—No tolero que se insulte en mi casa a una persona tan digna como esta—vociferó Bruce con energía.

—¡Basta! Hace tiempo que usted ha estado en trato íntimo con esta mujer. Este informe de mi detective privado lo prueba.

—Y yo afirmo—gritó Wanda fuera de sí—que mi inocencia probará todo lo contrario.

—Eso será mi hijo el encargado de ponerlo en claro, con las pruebas que estos señores que me acompañan habrán de presentarle.

—No puedo calificar su conducta, señora—dijo Bruce—. Pero si le aseguro que está usted obrando

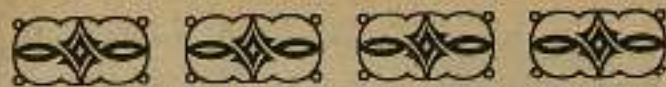
como pudiera hacerlo una persona ciega e imbécil.

—Usted no saldrá de aquí sin oírme—se apresuró a decir Wanda—. Usted no será capaz de cometer una infamia con su hijo y conmigo.

—¡Velando por su honor, hago todo esto!—y desprendiéndose de las manos de la joven que atenazaban sus brazos, salió de la casa con los testigos que la acompañaban.

La pobre muchacha estaba fatalmente perdida, con la infamante acusación de la madre de su esposo.





CAPÍTULO SEXTO

Bruce trató en vano de consolar a su amiga cuando se quedaron solos.

—Todo cuanto me diga es inútil— suspiró la joven—, ya sé que no tengo yo a quien recurrir.

—A mí. Yo no puedo ni debo abandonarla.

—Y yo que iba a tratar de hacer que me quisieran!...

—No; con ellos no hay nada que hacer; pero quizá Marcos será más razonable.

—Le conozco muy bien. Es violento y seguirá al pie de la letra los torcidos consejos de sus padres, los cuales pintarán a su modo el comportamiento que yo

he seguido y que nadie mejor que usted sabe que es intachable.

Pasó el tiempo necesario para que Marcos regresara de la India; y durante ese tiempo nació el nuevo vástago, en el domicilio del noble Bruce, el cual no permitió que la pobre madre quedara abandonada; y el mismo día de la llegada del capitán al castillo de sus padres, se presentó la calumniada esposa aconsejada por el buen amigo.

El recibimiento no fué frío, sino agresivo, tanto por parte de Milady, como por la del propio Marcos, al cual no dejaba su madre que se entendiera con su esposa.

—No creo que pretenda usted negar las frecuentes visitas que hacía a ese hombre, cuya amistad no ha sido más que una careta para ocultar la infame verdad de los hechos que hemos descubierto.

—Sí —exclamó Marcos influido por las frases de su madre— su conducta, señora, no puede tener ni el más pequeño atenuante.

—¿Lo crees tú así? —interrogó Wanda con dignidad.

—Las pruebas no admiten duda.

—Pues bien, ante esta seguridad tuya, ante esta



—*Me acaba de hacer el mejor regalo, madre mía.*

desconfianza en mí, no tengo otro remedio que retirarme.

Y Wanda salió del castillo con el orgullo del que está firme en sus derechos.

No tardó en entablarse la demanda de divorcio y Wanda se presentó ante el Tribunal de justicia acusada de adulterio.

El tribunal y el rancio abolengo de los Heriot mostrábanse abiertamente en contra de una pobre mujer enferma y angustiada.

Carlos Cheriton, el abogado de los Heriot, aunque a disgusto porque sus clientes no le inspiraban en esta ocasión mucha confianza, dirigió implacable el interrogatorio.

—Existen pruebas y los testigos las justifican que hacia usted visitas a la casa del señor Bruce—decía el abogado.

—Pero si ya he manifestado, y lo vuelvo a repetir, que ese caballero no ha sido para mí más que un amigo; mejor dicho: un segundo padre.

—Señora, su conducta a hecho sospechar justamente.

—Mi conciencia está por encima de toda sospecha.

—Luego niega usted las relaciones que se le atribuyen.

Las niego. Lo juro por mi hijo.

—Muy bien. Y si esperaba usted un hijo de su esposo, ¿por qué se escapó de la casa de sus padres?

—Porque mi hijo se hubiera sofocado en aquella atmósfera de odio.

Marcos sufría lo indecible durante este interrogatorio, y varias veces estuvo a punto de interrumpir al abogado; pero Milady le contenía con un gesto y hasta retenía con sus crispadas manos.

El abogado continuó su interrogatorio.

—¿Cuando su esposo regresó de la India, cuál fue su conducta a seguir?

—El mismo día de su llegada me presenté a él.

—Perfectamente, ¿y por qué no se disculpó? ¿Por qué no negó su infidelidad?

—Cuando vi que él creía las viles mentiras que ellos le decían, ya nada me importaba. Había perdido su confianza y con ella su cariño. ¿Qué menos pude hacer que retirarme dignamente?

—¿Y ese hijo?—insinuó el implacable abogado.

¡Por Dios, no me torturen más!

Carlos Cheriton se levantó del sillón que ocupaba y habló brevemente con el juez.

—Yo he hecho más de lo que me proponía—le dijo en voz baja—. Para mí esa señora es completamente inocente. Además, casi podría afirmar que aquí existe un odio hacia ella disimulado y hastado.

—Usted lo cree así, pero yo no soy de su opinión y dentro de unos minutos le demostraré lo contrario.

El abogado se encogió de hombros y el juez continuó el interrumpido interrogatorio.

—Vamos a terminar—manifestó el presidente del Tribunal—. ¿Puede usted negar que la madre de su esposo y los testigos la sorprendieron en los brazos del señor Bruce?

—¿Pero qué es lo que quieren que diga?

—La verdad, sin rodeos.

—Ya la he dicho mil veces.

—Nadie la ha creído.

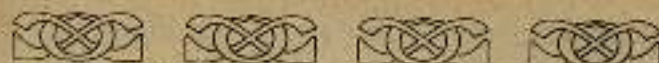
—¿Quieren que diga que amaba a Bruce?

—Así terminaremos de una vez.

—Pues bien; para que termine este martirio a que unas bajas pasiones me someten, digo que sí. ¡Lo amaba! ¡Lo comprenden bien! ¡Lo amaba!

Tal confesión, dicha con entereza y con un heroísmo inconcebibles, dieron por terminado el asunto, fallándose en favor del marido ultrajado.

Toda la buena sociedad de Londres quedó atónita ante el fallo del Tribunal; y, hasta los criados de la vieja mansión de los Heriot demostraron su contrariedad por el escándalo en tan noble familia.



CAPÍTULO SÉPTIMO

Wanda no volvió a la casa de Bruce; se refugió con su hijo en una modesta pensión y allí pensó vivir hasta que las circunstancias decidieran su suerte.

Pero Bruce, el leal, el desinteresado amigo, no podía dejar las cosas en el terreno que estaban; y después de algunas semanas se presentó en la casa de la esposa de Marcos.

—Wanda—le dijo con trémulo acento—. He venido a rogarle que me acepte por esposo... que me permita protegerla.

—No, Bruce: eso que usted pretende, sería un motivo más para que las calumnias tomaran cuerpo.

—Pero...

—Ni una palabra más. Yo le agradezco su nobleza; y por lo pronto quiero permanecer sola con mi hijo.

—Precisamente por su hijo se lo digo.

—No. Eso sería marcarlo con un estigma... eso sería hacerme perder la esperanza de que Marcos pueda un día amarlo.

—En ese caso, ¿piensa usted intentar una entrevista?

—Sí, amigo Bruce. El cariño que siento por el pequeño Rubi me decide al sacrificio.

—Bien, Wanda, bien. Es usted una santa.

—Soy una madre que desea el bien para el ser inocente a quien dió vida.

Bruce comprendió la fuerza de razón que obligaba a Wanda a obrar de aquel modo y se retiró no sin ofrecerse antes para el caso en que la joven pudiera necesitarlo.

El buen amigo se apartó de Wanda sacrificando el puro y desinteresado cariño que desde tantos años le profesaba.

Sabía Wanda muy bien que era una temeridad presentarse en el castillo, residencia de su esposo; mas

expoleada por la idea del porvenir de su hijo, hizo lo que le indicara a Bruce y se dirigió a la mansión donde tanto había sufrido.

El sólo anuncio de su visita produjo un deplorable efecto en Milady, la cual inclinó a Marcos para que no la recibiera.

Sin embargo, el capitán, intrigado más por la curiosidad que por otra causa dió orden al criado para que hicieran pasar a Wanda a su presencia.

La infeliz madre, emocionadísima al verse de nuevo en la casa donde todos la odiaban, sintió que le flaqueaban las piernas y tuvo que apoyarse en un mueble para no caer al suelo.

Marcos con un noble impulso fué a sostenerla; pero su madre que estaba en todo, queriendo evitar un espontáneo arranque se interpuso, indicando a la recién llegada que podía sentarse.

—¡Gracias, señora!—suspiró la esposa de Marcos, dejándose caer medio desfallecida en un sillón.

—¿Y bien?—preguntó el esposo queriendo sobreponerse a la emoción que sentía—. La visita obedece...

Wanda hizo un esfuerzo, quizá el más grande de su vida y mirando fijamente al capitán exclamó:

—¡Menti, Marcos, menti!

—Lo sé muy bien señora.

—Pero no a ti, sino al Tribunal de justicia. Cuando dije que amaba a Bruce, no expresé la verdad.

—¿Quién la obligó a mentir?

—Aquellos ojos que se clavaban en mi alma torturándola. ¡Oh, estaba desesperada!

—¿Y para decirnos eso se ha atrevido a venir a esta casa?

—No. He venido porque ahora me doy cuenta del daño que he causado a mi hijo.

—¿A su hijo!

—¿Al nuestro! Es mi único consuelo; pero a pesar de todo, si lo quieres, quedará contigo, y yo... yo me alejaré.

—¿Es inconcebible!...

—Yo nunca estaré bien aquí; pero quizá le pueda gustar a él algún día todo esto.

Marcos no contestó y más animada su esposa continuó:

—Sí, Marcos, tú debes tener a tu hijo si piensas en su porvenir. ¿No te das cuenta de lo que esto significa?

—Señora—interrumpió Milady—, ya ha sido bien grande el escándalo que por su causa abochorna a nuestra familia. No pretenda usted hacerlo aún mayor. Eso que usted quiere es imposible.

—¿Imposible!—repitió el esposo poniéndose en pie.

—Pues bien—exclamó Wanda haciendo lo mismo que su marido—. Mi sacrificio era inmenso, inverosímil, al desprenderme de mi hijo que es un pedazo de mi alma; y mira si es grande, que cuando nació,



—Ya es hora de que le diga que la amo.

Lo único que le pedí al cielo fué que no me lo quitaras. Ahora, sin embargo, venía a entregártelo. ¿No quieres? Bien. Has perdido la oportunidad, ya es mío, mío para siempre. Adiós.

Nuevamente vaciló Marcos ante las emocionantes frases de su esposa, y nuevamente se interpuso Milady, dejando que Wanda se marchara convencida de la terquedad y desprecio de su esposo.



CAPÍTULO OCTAVO

Pasaron años de sacrificios para la abandonada madre; pero luchó intensamente por el amor del hijo que tanto amaba, hasta que éste creció, convirtiéndose en un apuesto mozo, lleno de energías y con las mismas aficiones de su padre respecto a la milicia.

De Inglaterra había pasado Wanda a París, y allí vivía en una modesta casita de las afueras, cuando su apellido Balvin, en vez del de su esposo, del cual hacía ya mucho tiempo que no tenía noticias.

Era joven y unido a su juventud, sus virtudes y peregrina belleza, no es de extrañar que cautivara a

Paul Sanzun, acaudalado propietario y hombre correcto y de sincero carácter.

Paul empezó por admirar la lucha de Wanda por la felicidad de su hijo; y esta lucha deseó compartirla con ella.

Wanda, por su parte, apagado el amor que profesaba al que fué su esposo y atendiendo la sinceridad y nobleza de Paul no pudo menos que corresponderle con un afecto que ya se apartaba del que produce la simpatía y la amistad.

Una mañana, se presentó Paul en casa de Wanda; y ésta salió a su encuentro atraída por las voces y las exclamaciones de alegría de Rubí.

—¡Mamá... mira, mira el obsequio sensacional que me acaba de hacer nuestro amigo Paul.

Y diciendo esto presentó a su madre un elegante estuche conteniendo una escopeta magnífica.

—Siempre con la misma idea! —murmuró Wanda, a la vez que agradecía el obsequio con una fiera mirada de reconocimiento.

—Hoy almuerza el señor Paul con nosotros, ¿verdad mamá?

—Claro que sí; pero supongo que dejarás el arma cuando nos sentemos a la mesa.

—No pienso separarme de ella; y ahora, con tu permiso, voy al jardín... Tengo vivísimos deseos de

hacer algunos blancos. Después les invitaré para que aprecien mis condiciones de tirador.

Y Rubí salió escapado hacia el jardín.

—Ahora, Wanda, quiero que hablemos seriamente. He esperado durante cinco años mientras tú te sacrificabas por Rubí; pero ahora ya es un hombre.

—¿Y bien?...

—Te amo, Wanda. Déjame hacerte feliz, y olvidemos el pasado.

—¿Olvidar? No es cosa fácil; y menos ante mi hijo. ¿No crees que al amarnos lo olvidamos a él?

—No te comprendo, Wanda.

—Rubí no es tu hijo... y eso...

—Pero es sangre de tu sangre y siempre lo tendré presente. ¿Cómo podría quererle sin quererle a él también?

—¡Oh, qué bueno eres!

—Pues si lo crees así, ¿por qué no me das una contestación definitiva?

—Te la daré, pero no hoy.

—¿Cuándo?

—Muy pronto... quizá mañana.

Paul estrechó en sus brazos a la mujer que amaba con delirio y ella devolvió sus caricias con verdadera pasión.

Con la impaciencia que es de suponer en un decidido amante, esperaba Raúl la ansiada respuesta de Wanda; mas un acontecimiento inesperado vino a retrasarla aun contrariando a Wanda, la cual también estaba enamorada.

El acontecimiento fué la presentación que hizo Rubí a su madre de un amigo, de un compañero de colegio, casi de su misma edad.

Wanda recibió al joven afablemente y Rubí empezó a explicarse con una alegría extremada.

—¿Sabes, mamá? Mi amigo tiene un padre tan bueno como lo sería el mío si viviera; y no quiere contrariarle en el delicado asunto de elegir carrera.

—Eso está muy bien, hijo mío.

—Me alegro de que lo reconozcas así. Dentro de un rato vendrá ese caballero a verte, porque como este camarada tiene mis aficiones, he pensado ingresar con él en la academia militar. Para eso viene su padre, para solicitar tu venia.

—¿Y te separarás de mi lado?—preguntó la madre.

—Por una temporada nada más. Después seré yo quien lleve la carga de la casa.

Wanda fué a contestar, pero se lo impidió la presencia del padre del amigo de Rubí.

Tanto este señor como ella se quedaron como dos estatuas.

Wanda reconoció al abogado Carlos Cheriton, que tan activamente intervino en su divorcio. El a su vez reconoció a la víctima de aquel desdichado asunto.

El saludo fué frío en extremo por parte de la dueña de la casa; y seguidamente indicó a su hijo que acompañara al compañero a sus habitaciones.

Deseaba estar sola con el abogado.





CAPÍTULO NOVENO

—¿A qué obedece esta visita después de diecisiete años?—interrogó Wanda.

—He venido a cerciorarme más de la verdad. La creí siempre inocente, y no era necesario que yo viniera a Rubí para darme cuenta de la injusticia que a usted le hicimos.

—Sin embargo,

—La presencia de su hijo en mi casa me hizo recordar en seguida a su padre del cual es el vivo retrato. Ahora, yo no tengo la menor duda al saber que usted es su madre.

—¡Qué tarde me resulta ya todo eso! —suspiró Wanda.



Wanda reconoció al abogado amigo de la familia de su esposo.

—Además—siguió el abogado—, comprendo muy bien que Rubí quiera ingresar en el ejército británico. Es cuestión de sangre, y el lleva la de Marcos.

—¿Pero usted cree que lo aceptarían en la academia. Investigarían su origen... y yo le he dicho que su padre ha muerto.

—¿Dejaría usted a su hijo seguir sus inclinaciones si yo encuentro un amigo que le ayude?

—¿Y quien es ese amigo?

—El Ayudante General, Sir Marcos Heriot.

—¿Su padre?

—Es el único que puede servir en un caso como este.

—No. El rehusó mi sacrificio cuando me presenté en su casa. Ahora ya no le necesitamos.

—Pero véngase usted a razones, Wanda. Conozco el carácter de Rubí, y por lo mismo, es de esperar que insista. ¿Qué va a hacer usted para hacerle desistir? No tendrá más remedio que confesarle la causa.

En este momento se presentó el muchacho con el hijo del abogado.

—Este caballero y yo, hablábamos de ti—le dijo Wanda.

—Lo suponía.

—Y lo he convencido de que mis proyectos son buenos para colocarte aquí.

—Yo no quiero de ningún modo ser militar en este país. No soy francés, sino inglés.

—¿Y por qué esa obstinación con la milicia?

—Porque es la única carrera que me atrae.

La pobre madre acabó por ceder y confió a Rubí aun a pesar suyo, al buen talento y honradez del abogado, pero no sin que su hijo le prometiera solemnemente, que nada se interpondría ante ella y él.

Carlos prometió a su vez que presentaría al joven bajo el nombre de Rubí Baldoia, amigo de su hijo.

* * *

Pocos días después partieron hacia Inglaterra, el abogado con su hijo y Rubí; y como su único objeto era abreviar el interesante asunto, no demoró su presentación en el castillo.

Rubí admiró la morada del Ayudante General como si se tratara de un museo, y mientras tanto Carlos hablaba con el acartonado sirviente.

—¿Pregunta usted por Sir Marcos?

—Justo; quisiera verle para un asunto que me interesa.

—En este momento se halla con su anciano padre. Apenas si se separa de él.

—¿Continúa enfermo Sir Juan?

—Y sin mejoría, señor. Está impedido y, además, no tiene exacta noción de cuanto le rodea. Cree que su señora esposa Lady Heriot vive aún, y que Sir Marcos es todavía un estudiante que está en la academia militar.

—Pues sentiría molestar a Sir Marcos; y si usted cree que soy inoportuno, me retiro y volveré otro día.

Marcos apareció entonces y reconociendo a el antiguo amigo de sus padres, le hizo pasar a su despacho, donde el abogado le expuso el objeto de su visita, que no era otro que una autorización suya para que el amigo de su hijo ingresara en la academia militar.

Rubí fué presentado acto seguido, y Marcos no pudo disimular un estremecimiento al contemplar el aire decidido de aquel muchacho a quien le pareció haber visto en otra ocasión.





CAPÍTULO DÉCIMO

Después de una breve pausa y obsesionado con su idea, le preguntó Marcos a Rubí.

—¿Ha venido usted a Inglaterra con frecuencia?

—Es la primera vez que lo hago, señor.

—Es muy extraño. En fin, pasemos al asunto de su viaje. Según nuestro amigo don Carlos, pretende usted ingresar en la academia militar.

—Esa es mi más grande aspiración.

—Y muy noble, por cierto.

—Además, mi padre fué militar.

—¿Y se ha quedado en Francia?

—Murió cuando yo era niño, y no lo recuerdo.

El diálogo se suspendió de repente por haber entrado Sir Juan en el despacho, haciendo rodar el cochecito donde estaba sentado.

—¡Fuera de aquí!—le gritó al criado—; siempre estás a mi lado como un espantapájaros.

Dicho esto fué hasta donde estaba el retrato de Marcos, que le hicieron de estudiante y se quedó contemplándolo embobado.

Ni Marcos ni los criados se atrevieron a dirigirle una palabra.

El viejo dió media vuelta y no pudo contener un grito de asombro al contemplar a Rubi, el cual se hallaba en un rincón del despacho.

—¡Marcos!—dijo después haciendo rodar el sillón hasta donde se encontraba el muchacho—. ¡Hijo mío... al fin has regresado al hogar. ¿Pero cómo no me han dicho que habías llegado? ¡Oh, tendré que ponerme serio con estos imbéciles criados.

Dicho esto obligó al atribulado Rubi a que se acercara. Este consultó con el abogado y a una indicación suya se aproximó al anciano.

—¡Bravo! Eres un mozo en toda regla! A ver... quiero beber a la salud de mi heredero, quiero que bebamos los dos. ¡Oh, mi querido Marcos, ya verás qué alegría va a tener tu madre cuando te vea. ¡Que le avisen en seguida a Milady!

El anciano alargó una copa de licor a su nieto y



—Venid aquí todos... por fin ha llegado mi querido Marcos.

éste hebió creyendo que así complacía al pobre enfermo.

Este continuó cada vez más exaltado.

—Eres apuesto y fuerte como todos los Heriot. Otra copa por Marcos, el último de mi gloriosa raza... Ahora ven, vamos a buscar a tu madre...

Sir Juan fué acometido repentinamente de un síncope, provocado por el esfuerzo que acababa de hacer, y hubo que conducirlo a sus habitaciones.

—¿Pero qué es esto, amigo Carlos? —le preguntó Marcos al abogado.

—Su buen talento debe haberlo comprendido sin que yo se lo diga.

—Pero...

—Ese joven es...

—¡Mi hijo!

—Sí; pero le prometí a Wanda, que él no ha de saber que usted es su padre.

—¿Y si yo me presentara a ella?

—Sería una solución, por más que la herida que aquí le produjeron no se cura tan fácilmente.

—Todo se puede hacer por un hijo.

—Y usted es el obligado a hacer más que ella.

Rubí permaneció dos días en el castillo, quedando encantado de las especiales atenciones que con él tenía el dueño de la casa.

Pero el anciano Sir Juan, no lo vió a ver para no exaltarle con su presencia.

Tanto Marcos como el abogado le hicieron comprender que la escena ocurrida con el enfermo obedecía a una debilidad cerebral.

* * *

En París, Wanda y Paúl seguían arrollándose enamorados.

—Hoy me siento muy feliz—le decía ella.

—Yo estando a tu lado tengo todo lo que ambiciono.

—Pero esta felicidad que tengo, me hace temer un contratiempo.

—¡Por Dios Wanda! ¿Qué puede sucedernos? ¿No me amas? ¿No te quiero yo apasionadamente?

—Sin embargo; una dicha tan grande no puede ser duradera.

—La será. Estas no son más que preocupaciones tuyas... y cuando tengamos aquí a nuestro Rubí.

—Si viniera para que ya no nos separásemos más.

—Confío en poderle convencer.





CAPÍTULO ONCE

El ruido de un auto que se detuvo a la puerta de la quinta hizo que Wanda se asomara a la ventana.

—¡Rubí!—dijo con alegría—. Ya está aquí mi hijo.

Pero la dama no vió que con el joven se apearon del auto Marcos y don Carlos, el abogado.

El muchacho saludó afectuoso a Paúl y abrazando a su madre, exclamó con alegría.

—Todo ha salido a medida de nuestros deseos.

—Lo celebro, hijo mío.

—Tú no sabes lo bien que he sido recibido por el Ayudante General.

Wanda y Paúl palidecieron.

Rubi continuó sin notar el efecto que producían sus palabras.

—Pues te lo repito, mamá. Sir Marcos, ha tenido que venir a París y se ha brindado a acompañarme. Yo he querido presentártelo y abajo espera.

—¿Pero Sir Marcos está aquí?

—¿Verdad que no te lo figurabas? Pues vas a verlo.

Y saliendo de la habitación, no tardó en volver, sirviendo de guía al Ayudante General.

—Sir Marcos —dijo con su peculiar ingenuidad—, esta es mamá.

Wanda, reuniendo todas sus fuerzas, tuvo el valor necesario para no dejar traslucir lo que pasaba en su interior.

Marcos, emocionadísimo también, hizo cuanto pudo por continuar disimulando ante su hijo y saludó a la dama ceremoniosamente.

La situación para los antiguos esposos era muy violenta, pero la de Paul, no tenía comparación.

Así, para salir de ella, hizo una inclinación de cabeza y se despidió.

—Supongo que no se marchará usted por nuestra causa—le dijo Wanda, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Me reclama un asunto de cierto interés. Más tarde llamaré por teléfono.



—Wanda... este será mi último abrazo.

—Como usted guste.

Wanda vaciló un instante; mas venciendo al fin los mandatos de su corazón, suplicó a los recién llegados que la esperasen y acompañó a Paul.

* * *

—¡Wanda, Wanda mía!—suspiró el amante cuando se hallaron solos cerca de la puerta del jardín.

—Ya te decía yo que nuestra dicha no podía durar mucho tiempo.

—Ese hombre, Wanda, ese hombre. Ahora soy yo quien teme. ¡Si llego a perderte!

—¡Paul, confía en mí!

—Sin embargo...

Wanda, desbordando su pasión, se arrojó en los brazos de Paul, exclamando con acento que no admitía duda.

—¡Te amo, y te juro que nada ni nadie en el mundo podrá separarnos.

* * * * *

Wanda volvió a la habitación donde dejara a Marcos con su hijo y el abogado, sin que en su rostro se reflejara la lucha titánica que sostenía en aquellos momentos.

Don Carlos continuó su buen oficio de honrado mediador y no tardó en encontrar un medio natural de llevarse a Rubi para dejar solos a su amigo con su esposa.

Marcos, profundamente emocionado y arrepentido de cuanto hiciera, exclamó:

—Wanda; ¡qué puedo decir, qué puedo hacer para que me perdonen?

—Una cosa sola.

—Habla.

—Consígale a Rubi un nombramiento de alférez.

—Lo haré.

—Pero sin que sepa que usted es su padre.

—Eso es imposible.

—Para usted no.

—Mi hijo no puede entrar en la Academia por una puerta falsa.

—Su hijo ya no es su hijo. ¿Lo ha olvidado usted?

—Es cierto. Pero si nos casáramos de nuevo, yo podría reconocerlo.

—Claro, usted se casaría conmigo por el egoísmo de asegurar el porvenir de Rubi.

—Es que... te amo, Wanda, te amo...

—¿Y no cree usted posible que yo ame a otro?

—¡Wanda, piensa en que ya no somos unos niños...

—Tampoco soy demasiado vieja para poderme ca-

sar y ser amada. No tengo tanto años para aspirar a una felicidad a que tengo derecho.

—¿Y me aseguras que nunca le dirás a Rubi que yo soy su padre?

—¡Nunca!

—Pues bien, yo no renuncio. El tendrá que decidir.

—¿Y sería usted capaz?

—Cometí una falta y quiero repararla inmediatamente para poder vivir. ¡Wanda, veo con claridad tus virtudes, tu abnegación... perdóname!

—¡Es horrible!

—He conocido a mi hijo y no habrá fuerza humana que me separe de él.

—Bien. Yo misma se lo diré.

Y uniendo la acción a la palabra, llamó a su hijo, el cual no tardó en presentarse.





CAPÍTULO DOCE

—Rubí, hijo mío—se apresuró a decir Wanda—. Tengo algo de mucha importancia que comunicarte.

El muchacho se quedó mirando alternativamente a su madre y al Ayudante General.

Wanda no se detuvo y con un talento extraordinario, refirió a grandes rasgos la funesta historia de sus desdichas y de su nacimiento.

—¿De modo que mi padre vive?—preguntó Rubí lleno de emoción.

—Sí—contestó Marcos—. Yo soy tu padre; cometí una injusticia muy grande contigo y con la santa mujer que te llevó en su seno y ya es hora de que esa injusticia sea reparada como se merece.

Rubí, a quien ya atraía hacia Marcos una fuerza irresistible, se arrojó en sus brazos sollozando como un niño.

—¡Padre, padre mío!

Pero una vez pasados los primeros momentos, se rehizo y murmuró:

—¿Pero y la honra de mi madre?

—Todo lo tengo previsto. Si ella se casa conmigo probaremos a todo el mundo que no fué culpable.

—Entonces podremos ser felices, ¿verdad, mamá?

—No, Rubí. Es ya muy tarde para que podamos volver a lo que fuimos, a lo que se perdió para siempre.

—¿Para siempre?

—¡Oh, no digas eso, Wanda... no pienses así!— suspiró Marcos.

—Está arrepentido, mamá—exclamó Rubí, procurando acercar a Marcos a su esposa—. Además... ¡yo tendría tanto orgullo en decir que es mi padre!

* * *

La lucha que siguió después en el interior de Wanda fué espantosa.

Apreciaba perfectamente el arrepentimiento de su esposo, veía también que se truncaba el porvenir de

su hijo; pero amaba con locura a Paul y éste era el dique que se interponía con una potencia invencible.

Marcos, a su vez, sin atreverse a salir de la quinta, hacia la situación más difícil para la infeliz madre.

Varias veces se decidió a poner término a la situación, alejándose para siempre; y entonces se interponía Rubí diciéndole para disuadirle.

—¡Espere... aún no es tiempo!

En uno de estos momentos quiso el muchacho quemar el último cartucho y se fué hacia su madre.

—Mamá—le dijo acariciándola dulcemente—. ¿Por qué no vuelves de tu acuerdo? ¡Piensa que es mi padre!

—¡Déjame Rubí, déjame!

—Empieza por un sacrificio.

—Es demasiado grande... no puedo.

—Se trata de mi carrera, de mi porvenir.

—Se trata también del mío.

—No es igual. Mi vida apenas ha empezado.

—Pues a mí me ocurre algo parecido.

—¿A ti?

—Sépaslo ya de una vez. Voy a casarme con Paul.

—¡Oh!

—Ya sé que no podremos darte títulos ni propiedades; pero te daremos otras cosas y Paul te querrá mucho.

—¿Cómo mi padre?

—Justo.

—Pero yo no le podré querer como a tal habiendo conocido al que me dió el ser.

Wanda no contestó.

—Vamos a ver. Una pregunta—continuó Rubí—, ¿Me quieres de veras?

—¡Qué ocurrencia! Con toda mi alma.

—Pues siendo así, siempre tendrás a tu lado el retrato de tu primer esposo, el verdadero, el de mi padre, y si lo aborreces a él, ¿cómo has de quererme a mí?

La encantadora ingenuidad del muchacho emocionó a la madre, pero no la decidió en su favor.

—Mira, Rubí, el hombre de quien me hablas, vive, es cierto; pero murió para mí.

—Y yo, su vivo retrato, te lo recordaré siempre.

—Basta, hijo mío. No hablenos más de este asunto. ¿No comprendes que estás destrozando mi alma?

Rubí se apartó del dulce regazo de Wanda y sin desplegar los labios salió de la estancia.

En su gesto se manifestaba una firme resolución.

* * *

—¿Lo de siempre?—le preguntó Sir Marcus saliendo a su encuentro.

—Lo de siempre—murmuró el muchacho—. No hay medio de poder convencerla.

—Y no lo hay, porque le asiste toda la razón. ¿Crees acaso que no lo comprendo?

—Sí, pero es muy triste.

—¿No la ha decidido ni tu porvenir?

—Yo no he querido insistir más. He recordado los sacrificios que hizo por mí, y es justo que yo me sacrifique por ella en esta ocasión.





CAPÍTULO TRECE

Aun faltaba emplear otro recurso y éste fué el que se prestó a poner en práctica el abogado.

Don Carlos llegó a la quinta en el preciso momento en que Marcos se disponía a salir de allí.

—Todo ha fracasado, amigo mío—le dijo Marcos.

—¿Todo?

—En absoluto. Yo contaba con avivar la llama de amor que Wanda sentía por mí; pero ni cenizas han quedado de aquel fuego.

—Son muchos diecisiete años de olvido para con ella.

—¿Y cómo podría yo demostrarle que no la he olvidado?

—Difícil me parece dado el estado en que ella se encuentra.

—Ni nuestro hijo ha podido hacerle olvidar su rencor.

—No es rencor. En el pecho de Wanda no existe esa clase de sentimiento.

—Entonces...

—La causa verdadera ya la puede usted haber adivinado.

—¡Ama a otro!

Don Carlos guardó silencio y levantándose de su asiento, le dijo a Rubi que anunciara a su madre su visita.

—¿Tiene usted esperanzas de convencerla?—interrogó Marcos.

—Antes sí. Ahora, después de la entrevista que ha tenido con su hijo, temo fracasar; pero no he de dejar de hacer la última intentona.

Dicho esto, pasó Don Carlos a las habitaciones de Wanda, dejando a Marcos y a Rubi con la impaciencia natural.

Media hora más tarde volvió al encuentro de sus amigos, sin llevarles consuelo alguno.

Wanda no podía dejar de amar al hombre que en su infortunio, no sólo la había respetado, sino que la hizo concebir la felicidad soñada.

Wanda obraba en perfecto uso de su derecho, porque el mismo Marcos fué el que cortó de repente el

lazo que los uniera, sin tener en cuenta el hijo que había de por medio.

—¿De modo que hay que abandonar el asunto?—suspiró Marcos.

—No veo otra solución.

Rubi se puso en pie y exclamó con el dolor que la separación le producía:

—Perdone usted, señor; pero será mejor que se marche. Mamá no puede hacer más de lo que ha hecho.

Y diciendo esto, salió de allí para entrar donde Wanda continuaba luchando de un modo terrible.

—¡Ea!—exclamó el buen hijo—, se acabaron las indecisiones—, ya no te preocupes, mamá. Aquí seremos los dos felices, porque jamás me separaré de ti.

—Bien, hijo mío.

—Ya no me alejaré para ingresar en la Academia Militar.

—¿Has variado de opinión?

—¿No sabes que carezco de nombre?

—¡Pobre hijo mío! ¡Tú también te ves obligado al sacrificio!

—¿Y por quién mejor que por una madre como tú?

—Puedes creer que sabré hacerte agradable la vida como hasta aquí.

—Lo sé. Y ahora te voy a pedir un favor.

—Concedido de antemano,

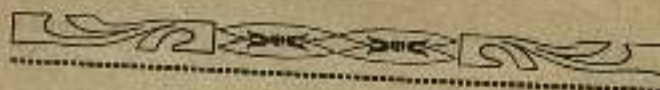
- ¿Quieres permitirle que vaya a decirle adiós a...
- ¿Se marcha?
- Puede que me espere para darme un abrazo.
- Te lo permito...

Rubi fué a salir, pero Wanda le detuvo con un gesto.

—¿Te arrepientes? ¿No esperas que tenga valor para dejarle marchar solo?

—¡Rubi... dile a tu padre que... espere!...

El muchacho lanzó un grito de alegría y corrió al encuentro de Marcos y de su amigo.



CAPÍTULO CATORCE

No existen palabras para poder describir lo que la pobre señora sufría en aquellos momentos; pero el amor que por su hijo sentía venció sobreponiéndose a la felicidad que para ella esperaba.

La nobleza, el cariño de Rubi dejando al padre que le prometía cariño, carrera y elevada posición la sugestionaron por completo.

Su inclinación era ya otra, ¿Qué le importaba un sacrificio más!

Iba a salir de la habitación, cuando sonó el timbre del teléfono.

Wanda se detuvo, y tomó el aparato a sabiendas de quien era el que llamaba.

—¡Wanda, Wanda mía!—dijo la voz de Paul. La feliz mujer quiso hablar, pero no pudo articular palabra.

—¡Por Dios, no me ocultes nada! ¡Ocurre alguna gravedad?

—Paúl... ¡Adiós, adiós para siempre!

—¡Wanda... me has mentido...

—No, Paúl. ¡Te amo y te amaré siempre! Tu recuerdo vivirá siempre en mi alma.

—Pero...

—No puedo más Paúl... ¡Adiós, adiós para siempre.

Wanda dejó caer el aparato y no escuchó las últimas exclamaciones del pobre amante.

Pero no podía moverse de su asiento, ni apartarse de la mesa del teléfono cuyo timbre seguía sonando, transmitiendo la desesperación de Paúl.

Fué aquel un instante de sublime abnegación por parte de Wanda, la cual, reanimada por las voces de Rubí, que la llamaba desde afuera, se puso en pie y andando como un autómata, fué al encuentro de su hijo.

Ni Marcos, ni el abogado, tuvieron valor de dirigirla una palabra.

Wanda, abandonaba su casita para seguir a su querido Rubí y a su padre... para volver al vetusto castillo donde tantas torturas sufriera.

Mas el amor del hijo, sobreponiéndose con sublime intensidad, acabó al fin con sus rencores y con la felicidad que pensaba obtener uniéndose con Paúl.

F I N

215

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS,
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA

*La vergüenza
facaciones*
✱

PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA